



Porvenir Económico del Estado Falcón

IMPRESIONES DE UN VIAJERO

Las pasadas vacantes de escolaridad nos proporcionaron la ventura de visitar y vivir cerca de un mes en la histórica ciudad de Coro, uno de los focos más interesantes de cultura en la historia colonial de Hispano-américa. La ciudad de Ampies y Micer Ambrosio, la ciudad de los Adelantados que vivieron el espejismo de sus arenas y de la leyenda de El Dorado, conserva la paz, el silencio y gentileza hidalga y acogedora de su pasado colonial.

La breve estancia en la ciudad de los médanos, que ya conocíamos por las obras históricas de Pedro M. Arcaya y los poemas de Polita de Lima Castillo, nos ha dejado un gratísimo recuerdo, en que se mezcla poesía, evocaciones históricas y aleccionadoras reflexiones económicas.

Por una amable invitación de los directores de Rádio Falcón utilizamos sus magníficos estudios para dictar diez conferencias sociales. Al terminarlas, apremiantes ruegos de la misma dirección nos hicieron redactar para el público falconiano unas cuartillas que titulamos: Impresiones rápidas de un viajero sobre el porvenir económico del Estado Falcón. Son efectivamente impresiones rápidas, y no tesis; impresiones de un viajero que por razón de sus estudios se ha visto forzado a ver muchas ciudades y muy variados países, y en el cotejo de sus impresiones puede tal vez recoger alguna novedad, señalar un horizonte nuevo o insinuar un punto de vista sugestivo y original.

En atención a los numerosos lectores de "SIC" del Estado Falcón, publicamos hoy nuestra conferencia ligeramente abreviada e impersonalizada.

Cuando el día dos de Agosto el magnífico bimotor de la Compañía Aeropostal Venezolana me arrancó de los verdes valles de Aragua y Carabobo, para introducir-

me en los bosques que median entre Tucacas y San Juan de los Cayos, mi primera impresión sobre el estado económico de Falcón fué desfavorable.

—¡Qué inmensa riqueza malograda! exclamé a un compañero de viaje que tornaba de sus estudios en la capital.

—Sí, me respondió. Son inmensas regiones despobladas, porque son sumamente insalubres.

Yo reflexioné. Estamos en el conocido círculo vicioso. Son regiones despobladas, porque son insalubres; y son insalubres, porque están despobladas. Según unánime afirmación son feraces. Cualquiera de las naciones de Europa se disputaría desesperadamente este terreno. Y los eucaliptus, los canales y el petróleo los sanearían en pocos años.

Pocos momentos más tarde divisamos en lontananza desde una altura de mil quinientos metros —volábamos sobre una muralla de blancas nubes— la ciudad de Coro cifiendo con el collar de sus verdes huertos cuadrangulares la garganta arenosa de la Península de Paraguaná; la hidalga tierra bravia, que la delicada poetisa Regina Fía Castillo llamó:

Cuna de antepasados guerreros vencedores,
que en la punta de acero de su espada llevaban
el don de la victoria.

Coro cautiva fácilmente al viajero. Hay algo evocador y emotivo en sus calles quietas, sus noches estrelladas, sus viejos caserones, y su distinción añeja y colonial.

Coro no debe olvidar que su más preciado tesoro son los monumentos coloniales: la Iglesia y plaza de San Clemente con el madero del cují secular que presenciara a su sombra la primera Santa Misa, el Solar de los Arcaya, la Casa de las Ventanas de Hierro, el friso barroco del antiguo Colegio de Santa Ana...

Característica de los viejos caserones de Coro es la

A TRAVÉS DEL MUNDO

costumbre de los segundos pisos con balcón corrido de madera. El balcón recuerda exactamente el de los case- ríos de la tierra vasca española, y las solanas de la tierra castellana. El conquistador sufría con dificultad el calor del trópico. Coro poseía, con todo, un elemento mitigador: la brisa marina. El conquistador, avaro de esa brisa, la quería asegurar en todo caso en su lujoso segundo piso, reservando probablemente las habitaciones del piso llano para las dependencias del servicio. Por eso resulta ur- desacierto manifiesto el hecho de que una tendencia poco reflexiva a la modernización haga desaparecer esos se- gundos pisos y sobre todo esos evocadores balcones de madera, como ha sucedido en la casa de la esquina Za- mora-Toledo, en la antigua casa colonial de los Zabala. Quien visite los pisos altos del nuevo espléndido semina- rio de Coro, junto a la Iglesia de San Gabriel, compren- derá inmediatamente la profunda filosofía de los segun- dos pisos coloniales. No deben olvidarla los constructores de las bellas quintas que han de surgir muy en breve en la nueva vía Coro-La Vela, en las que las azoteas y glo- rietas del segundo piso serían un tributo al arte, al con- fort y a la sabia tradición colonial.

Los altos del nuevo seminario de Coro fueron el cen- tro de mis reflexiones sobre el porvenir económico del Estado Falcón. Desde su azotea se divisan la mole im- ponente de la verde cordillera, el puerto de La Vela, los médanos, la vasta extensión de la ciudad callada y silen- ciosa.

La primera impresión desconcertante es el inexplic- cable divorcio de ciudad de Coro con sus espléndidas mon- tañas. Al advertirlo, recordé la bella reflexión del poeta, suizo-alemán, Federer, que dice exaltando los riscos de su patria: "Rica es la ciudad, sabia, poderosa y prudente. Pero hoy es y mañana no parece. En cambio las monta- ñas son eternas; ellas fecundan perennemente la ciudad con sus aguas límpidas y sanas y sus hijos robustos, que renuevan sin cesar las entecas generaciones de la ciudad".

Coro desconoce el tesoro de su vecina sierra. Sor- prende que el coriano rico vuele a Caracas para gozar y descansar y la sierra falconiana no conozca la gala de las quintas de recreo y los hotelitos de descanso. Es inexplicable este divorcio de la montaña y la ciudad; ¿có- mo han podido perderse decenios en proyectos y espe- ranzas de una inaplazable carretera que llegue al corazón de la montaña, con ramales para los núcleos agrícolas de la sierra? Se oyen en Coro lamentos de que el monta- ñés se dirija a vender sus productos en Barquisimeto. La economía no sabe de la eficacia de patéticos discursos sentimentales; el montañés comerciará allí donde le re- sulte más cómoda la comunicación y más lucrativa la venta.

Las meditaciones sobre la sierra y la ciudad, me su-

gieren las siguientes reflexiones. Voy a hablar absoluta- mente en realista. Mis palabras no pretenden ser conse- jos: serán afirmaciones de lo que el curso natural de las cosas ha de traer —en mi opinión— en el porvenir eco- nómico de Coro.

Coro y Falcón están abocados a una transformación económica radical y relativamente próxima. Esta trans- formación la van a operar cuatro obras públicas que se han iniciado y proyectado ya, y que han de sucederse como consecuencias mutuas.

La primera, realizada ya, es la espléndida carretera Coro-La Vela. Antes de un decenio esta vía será la ex- pansion aristocrática de la ciudad de Coro. La carretera, mirada desde el cielo, será no sólo una línea blanca li- mitada por los ralles luminosos de los focos eléctricos, sino además por una doble línea de vistosas quintas cer- cadas de verdes huertos y jardines. La expansión de Coro hacia La Vela recordará la de la capital de la República hacia Los Chorros y Petare. Sólo que aquí la línea será más uniforme, y relativamente más impresionante.

La segunda gran obra que ha de transformar Coro y Falcón es la carretera, cuya rápida realización corre a cargo de una compañía petrolera, desde Coro hasta los puertos de Altagracia. Obra fundamental para la trans- formación de la economía falconiana. Falcón es agrícola y pecuario; posee una tierra férz y una montaña riqui- sima, anquilosadas e inactivas en gran parte por falta de comunicaciones; Zulia, que devora y encuentra insufi- ciente la exportación de los productos que le llegan de los vecinos Andes, recibirá en seis horas los productos coria- nos, que se consumirán preferentemente en Maracaibo y en toda la riquísima cuenca petrolera.

La montaña falconiana sentirá entonces la atracción de la carretera del Zulia, abandonará las vías que hoy le llevan a Barquisimeto y reclamará imperiosamente la carretera de Coro. Tan imperiosamente que esta carrete- ra, hace tiempo decretada, será entonces, por la fuerza misma de las cosas, una realidad rápida e indudable.

La construcción de la carretera Coro-Puertos de Alta- gracia creará un pequeño problema inicial al comercio cor- riano. Muchos corianos se surtirán directamente en Mara- caibo, que ofrecerá más barato los productos. Creemos sin embargo sinceramente que la carretera del Zulia será pró- ficua a la larga para los comerciantes corianos. Venderán por fuerza más barato; pero venderán más. Los montañe- ses corianos y muchos habitantes de la costa que se diri- girán también, más que a Puerto Cabello, a Maracaibo, pasarán forzosamente por Coro y comprarán en Coro. Perderá la ciudad de los médanos su silencio religioso y su paz colonial; pero aumentará el número de sus habi- tantes y su aspecto económico será totalmente nuevo.

Pero hay, sobre todo, una cuarta obra pública, que brotará espontáneamente de las anteriores, como recla-

A TRAVES DEL MUNDO

mada por ellas. Es el muelle de La Vela, si ya antes una generosidad del Gobierno central no la realiza.

El muelle de La Vela hará posible el acceso inmediato del comercio norteamericano y europeo. Y así los productos nos llegarán no por Curazao-Maracaibo, o por Puerto Cabello, sino inmediatamente a las puertas de casa. Si el muelle se realiza antes de abrirse la barra de Maracaibo, es evidente que en La Vela desembarcará el inmenso comercio que hoy se detiene forzosamente en Curazao. Y así la vía La Vela-Puertos de Altigracia alcanzaría un movimiento absolutamente extraordinario, con las consecuencias más felices para la ciudad de Coro.

En todo caso las carreteras del Zulia y de la sierra reclamarán continuamente y de manera apremiante el muelle de La Vela.

Ignoramos —por ser absolutamente ajenos al don de profecía— si el curso de estas obras ha de transformarse. Pero creemos que en el desarrollo natural de las cosas vendrán escalonados tal como las hemos descrito. Carretera ya ejecutada de Coro-La Vela; carretera Coro-Puertos de Altigracia; carretera de la Sierra, y Muelle de La Vela.

Los hombres preocupados por el bienestar del pueblo falconiano deben prever una grave crisis que ha de suceder a la construcción de la carretera del Zulia. Crisis de trabajo. Se afirma que esa carretera se ejecutará por una compañía petrolera en un año. Absorberá inmen-

sas masas de obreros, que durante un año recibirán sueldos excepcionales. Pero ¿al terminar el año? ¿Dónde emigran? ¿Retornarán al campo? Es menester prever el problema y darle solución. For de pronto debieran promoverse entre los obreros de la proyectada carretera cajas de ahorro; y no dudamos afirmar que hasta sería digno de pensar que se forzara por la empresa a los obreros a un ahorro obligado, capitalizando un tanto del salario semanal o mensual. El Gobierno debiera además preocuparse seriamente de perseguir los conatos de usura, que brotarán en el momento breve de prosperidad que en grandes sectores ha de crear la construcción de la carretera.

No sé si será espejismo; pero vivo la sensación de que asistimos a los últimos años de la vida serena y silenciosa de Coro. Las nuevas vías de comunicación tan próximas al agitado mar de empresas y negocios del Lago de Maracaibo, producirán también en Coro nuevas corrientes de ideas y profundas transformaciones. Si a todo lo expuesto se añade la creación de refinerías; y tal vez explotaciones de pozos de petróleo más próximos, habrá llegado la hora de pensar en practicar entre nosotros con la mayor brevedad y la máxima eficacia posible las doctrinas sociales católicas, expuestas en mis últimas conferencias.

M. A. E.

